

Viaje dialogante con vigorón y frito

Henry A. Petrie

Arnulfo Agüero llegó puntual a mi casa, a las 7:30 a.m. para tomar el café. Luego, a las 8:15 emprendimos la caminata hacia la terminal de buses del mercado Roberto Huembes, para abordar el bus rumbo a Granada.

Seré yo o serán los amigos, pero con cada uno o grupo de estos nos volvemos eternos en la plática politemática, de un tema a otro y así, de pronto se retorna, se dan saltos o se hacen paréntesis; por lo general, salpicada de humor y picardía.

Ahí estaba el bus, esperando pasajeros y a que sonara el silbato de salida. Como ya tenía cerca de tres meses de no viajar hacia aquella ciudad, me cercioré de la tarifa porque en este país, en materia de precios, suben y se toman mucho tiempo para que, en centésimas, bajen. Vi la información que ubican en el interior, parte superior del área de la conducción. Parece que ha subido un córdoba, le dije al amigo. Escogimos uno de los asientos delanteros, en el lado izquierdo. Yo en ventana y él en pasillo, dispuestos al viaje y al encuentro con Gabrielito, el de los ocho cuentos publicados en el periódico en Hoy, con tan solo once años.



Vendedores entraban y salían repletos de ofrecimientos y gargantas frescas, enérgicos. Nosotros, en la continuidad de los temas interminables, entretenidos durante todo el viaje.

Arrancamos. Abandonamos la terminal y tomamos la pista que, para mí, es la más convulsionada de la Managua oriental, tanto así que en sus horas pico, el trayecto Huembes – la Centroamérica, que a pie duro no más de quince minutos, en bus o vehículo se dura hasta cuarenta minutos. Claro, recorrer dicho trayecto en este tiempo excesivo, para un lector viajero es

beneficioso porque se avanza en la lectura; pero, para alguien que lleva todo el apuro del mundo, resulta una contrariedad.

Por eso, como buen caminante y viajero se debe tener cierto sentido del tiempo y de la puntualidad, razón por la cual siempre hay que prever sustos y contingencias: embotellamiento, colisión o desperfecto mecánico. Se debe poner el tiempo a favor, jamás dejarse atrapar por este; uno determina su acción y transcurso.

Después del trayecto azaroso a esa hora de la mañana, íbamos en lo nuestro, la eterna conversación, recordando anécdotas simpáticas de nuestra amistad, a los amigos no vistos, hablando de poesía y narrativa, de la educación en este país, de los poetas fallecidos: Raúl Orozco, Fernando Silva, Vidaluz Meneses, Carlos Rigsby, Ana Ilce Gómez, Cabrales... episodios de CMR, sus dibujos en paredes, su conciencia e inconsciencia; la política, y por supuesto, ACIC, su proyecto estratégico, sus sueños, pero sobre todo, su constancia y pasión en lo que impulsa y promueve.

De pronto, habiendo conversado y ahondado tanto, entre risas, bromas, recuerdos y enfoques críticos, Arnulfo se inquietó por el trayecto. ¿Por dónde vamos, Petrie?, preguntó. Estamos llegando al 14, a la

entrada de Ticuantepe, le respondí. No puede ser, Petrie, pensé que ya estábamos llegando a Granada. Siento que hemos conversado un siglo y esto apenas va por aquí, replicó contrariado.

Claro, existen pláticas que pasan revistas de grandes trechos de tiempo, pero en realidad son fragmentos del presente, instantes contenidos en un determinado espacio. Me ha sucedido cuando viajo solo, leyendo un libro donde recorro grandes distancias y un cúmulo de años en tan solo cuarenta minutos, entre ruidos de motores, pláticas varias, pregones y hasta canciones que suenan en los parlantes de los buses. Sin duda, transcurrieron dos tiempos paralelos, el físico que va sobre la carretera y el contenido en nuestros temas, en las construcciones imaginarias.

—Sucedo, Arnulfo, que nuestro tiempo está más acelerado que la velocidad que lleva este chunche. Recuerda que estos buses estiran su tiempo con paradas insistentes, recogiendo pasajeros o llamando a todo el mundo para que aborden. Mientras nosotros estamos en otra dimensión —le dije.

Siendo el tiempo en sí mismo y en cada quien, con medida horaria o sin esta, llegamos a la terminal de Granada, aún con temas inconclusos y otros tantos en espera. Suspendimos. Salimos del bus. Petrie, comamos algo por aquí, hemos llegado antes de la hora. Acepté y lo conduje afuera de la terminal, donde una robusta señora vende vigorón y frito granadino. Nos acercamos y le pedimos dos servicios con sus respectivos refrescos. ¿Para llevar o comer aquí? Aquí. Siéntense en esa mesa, nos ordenó. Y enseguida, una hermosa joven de aproximados veinticinco años, achocolatada y sonriente, limpió y arregló la mesa.



Cómodamente sentados en plena acera, pretendimos retomar el hilo de la conversación, pero enseguida nos atrapó el espectáculo de la señora que preparaba los platos, la montaña de chicharrón sobre su mesa, las palanganas de yuca bien reventada, trozos succulentos de fritos y la abundante ensalada. ¿Podemos coger de este chilero?, preguntó Arnulfo a la joven. No, les pondré otro más fresco, dijo sonriente, un tanto coqueta. Nos instaló en el centro de la mesa un gran frasco de aquellos que las pulperías de antaño utilizaban para introducir los puros de viejos, las ciruelas y leche burra. ¡Qué bien! Se ve exquisito, expresé. Ella sonrió. Señora, dijo Arnulfo, mire el nivel del chilero que está poniendo la joven, ya verá cómo este señor que me acompaña se lo vaciará. Ya verá usted, este señor es arrecho al chile. La señora soltó una elegante carcajada y dijo: No creo, con costo media cucharada porque está que se lo lleva diablo. Ya verá...

Frente a nosotros dos hermosos platos de vigorón, frito y suficiente ensalada, más dos grandes vasos de refresco de Chía con bastante hielo. Arnulfo me dio el suyo, porque se cuida la garganta sin ser cantante. Pidió gaseosa. Ni modo, succulento plato con dos vasos de refresco. ¡Qué buen desayuno! ¿Cómo le iríamos hacer donde Gabrielito? Sus padres nos esperaban con desayuno, también.

Una, dos y tres grandes cucharadas de cebollitas picantes. El diablo no era tal. ¡Mire señora!, se lo dije. Este señor dejará el frasco vacío, dijo Arnulfo. Ella observó el frasco, clavó sus ojos en mí, seria, quizá sorprendida. ¿Será que me deje a pie sin el chilero?, seguro pensó.

Pero no. Solo fueron tres cucharones de cebolla picante. Y le sonreí, diciéndole: No se preocupe, señora. Con esto es suficiente. Y vea usted, el descenso del chilero no fue nada. Así es que tiene para

toda la semana. Ella sonrió aliviada, y dijo: Espero que no me aparezcan clientes come-chile como usted, porque entonces no me dura un día.

El momento se tornó folclórico, muy ameno, pero había llegado la hora de encaminarnos hacia la casa de Gabrielito, siguiendo la dirección que nos brindó su padre.

Ambos, con el estómago lleno, nos dispusimos a caminar. ¿Para qué tomar un taxi si es por aquí no más? Además, las cuadras granadinas no son como las leonesas. Así es que a caminar para bajar el vigorón con frito, dije. Arnulfo respondió con una esperanza: Ojalá que se les haya olvidado hacer desayuno.

La dirección no estaba exacta. Preguntamos como es habitual entre nicas y pues, de aquella esquinita dobla izquierda una cuadra a la derecha y despuesito de nuevo izquierda, llegan a la otra esquinita y para allacito... ¿Entendiste, Arnulfo? Bueno, vayamos hacia donde nos han dicho, a ver qué tal...

Y así fue que para qué lo repito. Llegamos. No sin volver a preguntar a una joven que conducía un vehículo. Parece que es ahí, nos indicó. Claro, parece... Me asomé y en efecto, ahí estaba Gabrielito. ¡Hola, profesor! De inmediato su padre, el saludo y Arnulfo, que no entiende mucho de preámbulos, comenzó su labor con el niño lector y narrador.



—Profesor, si desea, para mientras el periodista hace su trabajo, le puedo servir tres pupusas que yo mismo he elaborado. Usted sabe que mi esposa es salvadoreña, pero yo las elaboro mejor que ella, porque me encanta la cocina. Vamos a la estufa, le serviré su desayuno porque de seguro trae hambre —me convidó Carlos, el padre de Gabrielito, que estaba muy contento con nuestra visita y orgulloso de su pequeño hijo.

Ustedes qué dijeron... ¡Por supuesto que no tuve valor para despreciar tanta hospitalidad de nuestro anfitrión!

Me retorcí la panza como culebra y, ¡adelante! Que el anfitrión no se ofenda. Nos instalamos en una plática sabrosa de países y culturas, mientras iba consumiendo dos pupusas grandes como si de concurso comilón se trataba y Arnulfo se empeñaba en preguntar al pequeño autor.

Concluida la visita y de regreso a Managua, con las mismas características del viaje de ida, llegamos a la Terminal del Huembes, de nuevo. Mientras él esperaba a un conductor de La Prensa y yo a mí hermano que estaba pronto a recogerme, se nos arrima un hombre que, según Arnulfo, apestaba a alcohol. Yo, la verdad, no lo miré tan mal, pero bueno, mi amigo tiene olfato canino. Este último personaje selló el final de nuestro viaje, al pedirnos no cinco córdobas para el trago, sino dos piezas de pollos para comer.

—¡Chocho, Arnulfo! Ya viste, sin duda estos son otros tiempos —le dije.

—De pronto nos van a pedir un servicio de arroz chino —respondió.